

RESEÑA

REVIEW

RESENHA

***Víctimas y memoria: relato testimonial en Colombia* de Alberto A. Verón: la filosofía como intermediación**

Victims and memories: testimonial account in Colombia
by Alberto A. Verón: philosophy as intermediation

Vítimas e memória: relato testemunhal na Colômbia
de Alberto A. Verón: a filosofia como intermediação

Leonardo Tovar González*

Referencia: Verón, A. A. (2011). *Víctimas y memorias: relato testimonial en Colombia*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, 128 pp.

Sin proponérselo, este libro de Alberto Antonio Verón constituye una refutación de bulto (ostensiva, diríamos en argot analítico) contra el cargo de inanidad de la filosofía en Colombia esgrimido en la pregunta “¿dónde están los filósofos?”, formulada en 2011 en una conocida revista cultural (Restrepo, 2011). Discípulo de Reyes Mate, Verón ha transferido la indagación por la filosofía después del Holocausto al examen de los testimonios de las víctimas de las multiformes expresiones de la violencia en nuestro país. Ni refugiado en la torre de marfil académica de la mera exégesis textual ni volcado en la pura *doxa* de las opiniones sentenciosas que circulan en los *mass media*, según respectivamente se acusa o reclama en la mencionada nota, el líder del grupo de investigación “Filosofía y Memoria” y sus colaboradores comprueban que el círculo hermenéutico de la imprescindible interpretación filosófica se cierra virtuosamente al abrirse a la comprensión crítica

* Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Santo Tomás. Integrante de la Sociedad Colombiana de Filosofía. Correo electrónico: leotovar@gmail.com

de nuestra realidad histórica. Benjamin, Lévinas, Cohen, Halbwachs, Reyes Mate otorgan en el primer capítulo las claves anamnéticas de la memoria, el testimonio, la violencia, las víctimas, que en los sucesivos apartados se despliegan en la voz de los desplazados mediada por la voz de los escritores testigo, la voz de los militantes que sobrevivieron al genocidio político de la Unión Patriótica, la voz de sus memoriales jurídicos en procura de reparación, la voz de los secuestrados por las FARC en sus recuerdos de las “cárceles del pueblo” en la selva.

Sobre el fondo histórico de la masacre de las bananeras denunciada por Jorge Eliécer Gaitán y recreada literariamente por García Márquez, y desde la eclosión de la violencia de mitad del siglo XX desencadenada en 1948 con el asesinato del líder popular, los testimonios de las víctimas-actores de las violencias de las tres últimas décadas de la vida nacional nos entregan con la intermediación filosófica de Verón un fresco descarnado de la negación de la diferencia que ha atravesado la historia colombiana desde la Conquista hasta el presente, pasando por el ideario católico discriminador enarbolado en la Regeneración. Es así como escuchamos las voces de narradores-testigo como Alfredo Molano, que en sus obras transmite sin artificios etnográficos ni literarios las voces de testigos-narradores como Ana Julia, Nasianceno Ibarra, José Amador, Sofía Espinosa o Efraín Barón. O la voz de analistas-testigo como María Victoria Uribe, que a partir de aquellos testimonios tipifica la simbología de la violencia: matar, rematar y contramatar.

Asimismo, las voces de Ana María Jaramillo y María Eugenia Vásquez, exmilitantes del M-19, o de Sebastián González, “upeísta sobreviviente”, vertido en el estudio del abogado Iván David Ortiz sobre el genocidio político de dicho movimiento víctima del terrorismo de Estado, o en el estudio documental del antropólogo Yezid Campos, también en torno al exterminio político de la Unión Patriótica. Y oímos también como murmullos las voces de políticos, soldados y policías secuestrados que padecieron las retenciones político-militares de las FARC, tales como el sacrificado gobernador de Antioquia Guillermo Gaviria, los congresistas Jorge Eduardo Gechem y Óscar Tulio Lizcano, el sargento del ejército Raimundo Malagón, el subteniente de la policía John Frank Pinchao, en cuyos testimonios individuales trasunta la memoria colectiva de diversos estamentos del país víctimas de la violencia.

Fiel al énfasis moral de la justicia anamnética y a la reivindicación de las víctimas, el libro no ofrece antecedentes históricos sistemáticos ni explicaciones sociológicas acabadas, ni entrega demostraciones jurídicas o justificaciones políticas a favor o en

contra de determinada posición normativa. Con independencia de su opción ideológica o su puesto en la sociedad, la voz la tienen las víctimas, mas no, desde luego, los victimarios o el Estado responsable de la victimización, por perpetración antes que por acción, por complicidad antes que por omisión. Los científicos sociales, los académicos, los filósofos incluidos, no tendrán otra voz que aquella prestada al servir de eco de las voces de las víctimas, de modo que podemos corregir a Habermas en su corrección a Rawls y acotar que ciertamente no serán los filósofos, pero ni siquiera los ciudadanos en general, sino las víctimas, excluidas de la razón filosófica, de la condición ciudadana, del mismo género humano, las que dispongan de la última palabra (Habermas y Rawls, 1998).

Verón es incluso cauteloso con la subsunción de las narrativas colombianas del desarraigo, el despojo, la muerte, al relato del holocausto del pueblo judío durante la Segunda Guerra Mundial. Ciertamente, algunos actores remiten sus vivencias de desplazamiento, genocidio, secuestro a la experiencia de los campos de concentración nazis, pero esto debe interpretarse como un esfuerzo por hacer significativo su sufrimiento vinculándolo con aquel acontecimiento ejemplar —o, mejor dicho, antiejemplar—, no como una hipótesis explicativa que congrega en un mismo saco toda la “historia universal de la infamia”. El problema no reside tanto en la desproporción, pues establecer comparaciones meramente cuantitativas sería reincidir en la equiparación numérica del mal, olvidando la dignidad de cada vida, de cada muerte. El holocausto preserva su singularidad no porque revela un dolor inconmensurable con cualquier otra forma de sufrimiento humano, como pretenden quienes abogan por la excepcionalidad de la experiencia judía, sino porque en su radicalidad marca el límite que en ningún escenario o contexto histórico debemos traspasar. El adorniano imperativo “que Auschwitz no se repita”, en vez de confinar toda la humillación a una especie de campo de concentración epistémico, exige la reparación de las múltiples formas de la injusticia humana.

Trasponiendo en el horizonte levinasiano de la ética como filosofía primera la labor de mediación (*Vermittlung*) asignada por Hegel al filosofar, la presencia de los filósofos, echada de menos en el interrogante por su ausencia de la sociedad colombiana, se convierte aquí en un esfuerzo de intermediación tanto conceptual como histórico. En lugar de las pretensiones esencialistas de fundamentación última derivadas del delirio de la razón moderna, que según esta lectura acabaron por avalar fundamentalismos logocéntricos excluyentes, la filosofía cumple una función de intermediación

epistémica no solo entre saberes expertos como la antropología, la sociología, el derecho, la misma disciplina filosófica, etc., sino de manera especial entre dichos saberes y los saberes cotidianos expresados por las víctimas en sus testimonios.

De igual modo, la fenomenología de la memoria de la victimización elaborada al hilo del estudio de dichos testimonios y sus respectivas mediaciones sirve de intermediación antropológica entre la conciencia de querer-ser (querer ser civilizados, modernos, pacíficos) y la conciencia de haber-sido (haber sido bárbaros, atrasados, violentos), desentrañando una lógica que lejos de dejar en términos excluyentes las dos series, pone de presente su interrelación dialéctica. Y sin que pretendamos ser exhaustivos, intermediación, finalmente, en el arco recorrido por la misma misión del filosofar, tensionado entre la ontología de la verdad y la ontología del presente, tal como Kant con la mediación de Foucault y otros nos lo han enseñado. Retomando ahora motivos dusselianos inspirados en esta misma vertiente filosófica, la voz de las víctimas, en su denuncia de la no-verdad de un sistema geopolítico y logocéntrico discriminador, constituye la genuina aspiración de verdad de nuestra época, que se actualiza en sus interpelaciones en exigencia de justicia efectiva.

No obstante, esa misma fuerza moral y ética de la reconstrucción anamnética de los testimonios de las víctimas colombianas se alza también como límite del poder explicativo, crítico o transformador de esta concepción del filosofar. Salvo algunas hipótesis apenas esbozadas, en la obra de Verón los lectores no encontrarán diagnósticos completos ni etiologías acabadas de la violencia, la exclusión, la injusticia en Colombia. El “para-sí” asumido en la perspectiva testimonial de la memoria no deja suficiente distancia para contrastar con la perspectiva normativa del “para nosotros”, equiparando así narrativas de justicia tal vez afines en su fondo axiológico, pero definitivamente contrapuestas en su aplicación histórica (v. gr., el reivindicado honor militar del sargento Malagón vs. el recusado terrorismo de Estado de los sobrevivientes de la Unión Patriótica). Y sin hipótesis explicativas sólidas y postulados normativos consistentes no se pueden orientar cambios de fondo en las dinámicas históricas que han propiciado este estado de cosas que debemos transformar. Ahora bien, estos reparos hermenéuticos constituyen más bien un reconocimiento del alcance filosófico del proyecto investigativo consignado en la obra que nos ocupa, en tanto revela que una teoría crítica entre nosotros ciertamente no puede limitarse a ello, pero sí debe partir necesaria, imprescindible, ineludiblemente de abrir sus ojos, sus oídos y su corazón a la voz de las víctimas en su nuda vida desnuda. Cual

Wittgenstein, Verón no ha pretendido “decirnos” la violencia, sino mostrarla en las memorias de quienes la han padecido. Su propia tarea reconstructiva constituye un obligado y obligante testimonio filosófico e histórico de nuestra época.

Referencias

Habermas, J. y Rawls, J. (1998). *Debate sobre el liberalismo político*. Barcelona: Paidós.

Restrepo, R. (2011). ¿Dónde están los filósofos? *Arcadia*, 66. Recuperado de <http://es.scribd.com/doc/52723941/Donde-estan-los-filosofos>